

In memoriam

Tres lamentables pérdidas de insignes americanistas nos sentimos obligados a reseñar, a nuestro pesar, en las breves líneas que siguen. Pérdidas ocurridas en un período reciente que han dejado tremendos vacíos en el campo de la crítica literaria referida a “Nuestra América” y, por supuesto, en nuestra estimación humana.

Nos referimos, en primer lugar, a la del nicaragüense José Jirón Terán (29 de marzo de 2004). Desde su León natal y fuera de él, este hombre, cuya biografía es un ejemplo admirable de la capacidad de superación de lo circunstancialmente adverso que puede rodear a una persona, se convirtió, sin desatender otros temas, en el más apasionado “perseguidor” de Rubén Darío y su obra que pueda imaginarse. De la eficacia de sus empeños, que le llevaron a formar una biblioteca dariana sin parangón, dan testimonio no sólo sus estudios sino sus numerosas recuperaciones de textos olvidados o desconocidos del gran maestro. Su copiosa labor, que alcanzó hasta sus últimos días, fue justamente premiada con un sinnúmero de galardones, entre ellos el de miembro de la Academia Nicaragüense de la Lengua. Con justicia lo calificó Ernesto Cardenal como “un verdadero héroe cultural”.

Rafael Gutiérrez Girardot (27 de mayo de 2005) fue un joven becario colombiano que apareció en Madrid en los años 50 donde le habían precedido y le seguirían ilustres compatriotas, muchos de ellos ya consagrados, que circulaban, en torno al diligente Instituto de Cultura Hispánica y al Colegio Mayor Nuestra Señora de Guadalupe. Seguidor de los cursos de Xavier Zubiri, e inclinado a la filología tanto como a la filosofía, tras una intensa actividad, incluso docente, en España, país que nunca abandonó del todo, su carrera le llevó pronto a Alemania, donde se doctoró bajo la dirección del excepcional maestro Hugo Friedrich, asentándose por largos años como catedrático en la Universidad de Bonn. Tan estricto como independiente, nos ha dejado una obra imprescindible, que se hizo digna de reconocimientos como el premio Alfonso Reyes y, sobre todo, del respeto de todos los especialistas.

En la primera quincena de agosto de 2005 nos golpeó la noticia del mortal accidente sufrido por Saul Yurkievich, cuando desde París, lugar de residencia habitual, se dirigía a su refugio de vacaciones en la Provenza. Este insigne crítico literario y poeta argentino había participado en el Congreso organizado por nuestro departamento en abril del mismo año, con motivo del centenario de la obra de Rubén Darío, *Cantos de vida y esperanza*, donde habíamos tenido ocasión de departir con él, interlocutor siempre cordial y sosegado de enjundiosos saberes, sobre el gran nicaragüense, uno de sus temas preferentes, junto al de la vanguardia y la obra de Cortázar. Recordamos aquí su eficaz participación en la edición de las *obras completas* de Neruda, y, entre lo que deja inconcluso, sobre todo su rigurosa tarea como editor de la obra de Julio Cortázar, de quien fue albacea y con quien, sin duda, compartió veranos de la Provenza.